Puro ojos

Elsa Bornemann
Ilustraciones de Carolina Farías

loqueleo

Caminitos

Vacaciones en la Plaza

Había una vez…

Había dos veces…

Había… ¡nueve años de veces!… una niña a la que no le gustaba hablar.

A pesar de que podía hacerlo perfectamente, a ella no le gustaba hablar; no, señores.

"Puro Ojos", así le decían. Era su sobrenombre, puesto no solamente debido a lo callada y "mirona" que era sino también porque los ojos le quedaban realmente grandes a su carita flacucha y ovalada. Puro ojos… redondos… enormes… verdes… siempre listos para verlo todo, para observarlo todo, casi casi para fotografiarlo todo en su memoria y convertirlo –luego– en un montón de dibujos.

Y no, no le gustaba hablar. Apenas si contestaba:

—Sí… No… Bueno… Mju... —de tanto en tanto, cuando entendía que ya no le era posible mantenerse callada.

"Puro Ojos" tenía muchas cosas que decir, pero prefería decirlas a su manera. ¿Acaso las palabras eran el único modo de comunicarse con los demás?

No, de eso estaba segura: lo había aprendido jugando con sus crayones, acuarelas y lápices de colores. Y cuánto más sencillo le parecía –entonces– tomarlos y dejarlos saltar libremente por su carpeta de dibujo, hasta que sus hermanos advertían –por ejemplo– que le encantaban los tulipanes, al mirarlos brotar de los renglones… o su papá comprendía que a ella le gustaba la noche, al ver esa luna que se despedazaba en trazos amarillentos a lo largo de tres o cuatro hojas… o su mamá se daba cuenta de que tenía ganas de llorar, cuando con unos redondeles garabateados al azar agujereaba los márgenes…

Pero el mundo de "Puro Ojos" no terminaba en su casa. Más allá de las ventanas,

detrás de la verja, por encima de los árboles y de los techos, contra las antenas de televisión, sobre las chimeneas de las fábricas, entre los pararrayos de los edificios más altos, flotaban las palabras que era necesario aprender, susurrar, gritar, aullar… para que los otros supieran qué pensaba esa nena…

qué sentía esa nena…

qué deseaba esa nena…

Le costaba trabajo cazarlas y pronunciarlas. Por eso, no tenía amigos. Y mucho menos en esos días de principios de verano: su familia acababa de mudarse a un nuevo barrio y ella aún no conocía a otros chicos de su edad. Salvo de vista –por supuesto–, como a aquellos que miraba jugar a su alrededor durante los ratos de sol y plaza y con los que no se animaba a conversar. Se sentaba sobre el pasto y los dibujaba en su carpeta.

—Es muy tímida… —comentaban sus padres.

—Es muy boba… —opinaban sus hermanos.

Muchas veces cerraba con fuerza sus manos creyendo haber atrapado algunas palabras, pero cuando intentaba decirlas –arrojándolas nuevamente al aire– se le volaban como mariposas. Entonces, ella volvía a tomar su carpeta y dibujaba.

Un domingo de aquellas vacaciones en la plaza conoció a Joaquín, un muchachito tan tierno que –de intentarlo– acaso habría podido atravesar un árbol con solo suspirar hondo.

"Cómo me gustaría que fuera mi amigo…", pensaba "Puro Ojos", mientras le parecía ver diminutos caballos verdes galopando sobre su frente.

Enseguida tomó la carpeta y dibujó un camino, cortado en dos por una serpentina celeste.

Joaquín la miraba, algo distraído en apariencia, pero con repentino y verdadero interés oculto. ¿Quién era esa linda chica solitaria que iba a la plaza a dibujar, en vez de estrellarse las rodillas y rodar sobre los montoncitos de pasto recién cortado, en vez de usar hamacas y toboganes, en vez de pedalear en bicicleta sobre el domingo, como todos los demás? Se le acercó –despacito–, se agachó a su lado y le dijo:

—Ehhh... hola... Soy Joaquín... ¿me permitirías ver tu carpeta?

"Puro Ojos" se la alcanzó en silencio, aunque con un galope de su corazón. Joaquín miró con atención el caminito dibujado y sentenció:

—Le falta un puente. Ninguno va a poder cruzar de un lado al otro… Se caería al río… —y señaló la serpentina celeste. De inmediato le dedicó una sonrisa –y dándose media vuelta– se alejó con otros chicos.

Esa semana, "Puro Ojos" se pasó todas sus horas libres dibujando y pintando caminitos. Con lápices de cera, con acuarelas, con témperas…

Un caminito de piedra…

Un caminito llovido…

Un caminito floreado…

Un caminito de cristales y cascabeles…

Un caminito encendido por cientos de bichos de luz…

Un caminito redondo, sobre el que brillaban –a la par– el sol y la luna…